

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

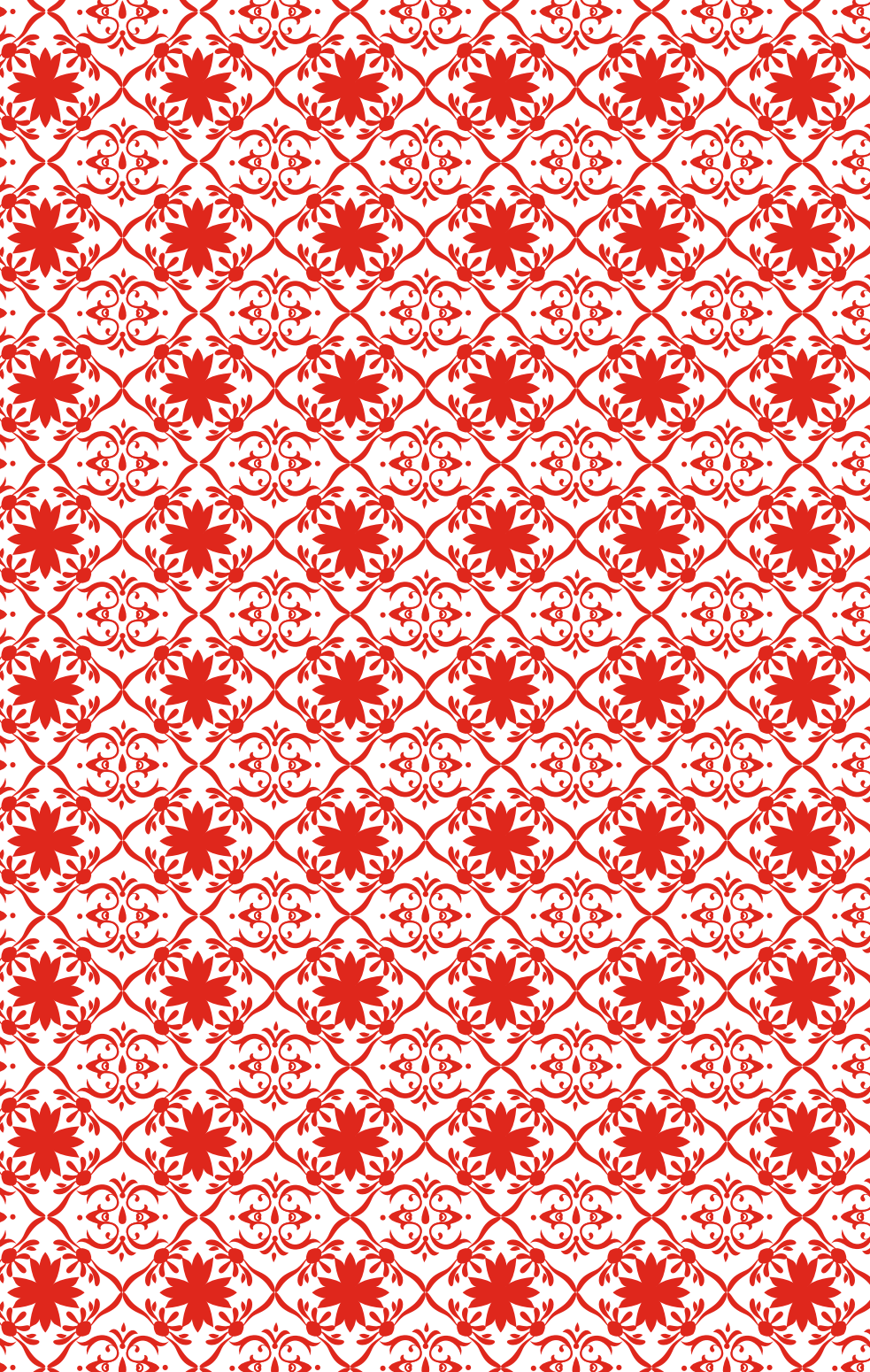
Feliz Año Nuevo

Berta Hiriart



letras
para
volar

Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Feliz Año Nuevo



Berta Hiriart

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Feliz Año Nuevo

Berta Hiriart



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2019

Director de la colección
Fernando del Paso Morante

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autor
Berta Hiriart Urdivieta

Prólogo
Patricia Rosas Chávez

D.R. © 2019, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre de 2019

ISBN 978-607-547-687-2



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltase <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero, expresan

un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

9 Prólogo

11 I

19 II

22 III

27 IV

30 V

35 VI

40 VII

50 VIII

54 IX

58 X

64 XI

68 XII

74 XIII



Prólogo

Querida lectora, querido lector:

Cuando propusimos a don Fernando del Paso que esta colección de narrativa llevara su nombre, sugirió que mejor se la llamara “Caminante” en alusión al poema de Antonio Machado. Generoso como era, quiso compartir con nuestros estudiantes de la UdeG una serie de lecturas que les animaran y contribuyeran a su gusto por la lectura. Alcanzó a elegir los primeros veinte títulos. Sirva la continuidad de esta colección Caminante, que también lleva su nombre, como un merecido homenaje y agradecimiento por su legado.

Vivimos una época en la que los radicalismos se vigorizan y acentúan; la intolerancia, la falta de respeto y reconocimiento a la otredad se muestran sin pudor en forma de xenofobia, racismo, homofobia o misoginia; el estigma es su raíz y la violencia su manifestación en diversas formas. En el caso de las mujeres, pese a que representamos la mitad de la población, existe una marcada inequidad en todos los ámbitos, y se padece violencia de muchos tipos que tiene su culmen en los feminicidios. Educar en la integración, la igualdad, la inclusión y el respeto implica reconocer las diferencias,

las inequidades, dar la voz y empoderar a quienes han padecido la invisibilización y el silenciamiento.

Por ello, celebro que la poeta y escritora Carmen Villoro Ruiz, en tanto coordinadora de esta colección, haya sugerido que los diez títulos que ahora presentamos sean las voces de escritoras mexicanas contemporáneas; propuesta que fue acogida con gran entusiasmo por el Comité Editorial de Letras para Volar: “Se trata de la mujer de nuestro tiempo: inteligente y crítica, sensible y propositiva.” Carmen dixit. De este modo, damos voz, empoderamos, visibilizamos y educamos en la equidad e integración. Sirva esta decisión también como un homenaje a Lucinda Ruiz Posada cuyo activismo intenso por la justicia social brilló bajo la intensa luz de la discreción.

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

I

Todo estaba listo para la fiesta. Igual que en navidad, mamá había puesto el mantel de flores de nochebuena, los candelabros que sólo salían del trinchador en las grandes ocasiones y la vajilla de Talavera. La combinación daba asco. Para colmo, ahora metía cada servilleta en una especie de caracol marino.

—Ya arréglate —dijo sin quitar los ojos de su tarea.

—Ya estoy arreglada —respondí.

—Francamente no se nota.

—Me tiene sin cuidado, mami, ya lo sabes. Así le gusto a Hilario.

—¡Ay, ni me lo menciones! No sé cómo se te ocurre seguir con él después de las cosas que te hace.

—Hilario no me hace nada.

—¿No?

—Bueno, es mi vida —gruñí.

Pero cuando sonó el timbre, caminé hacia la puerta con un desgano que le daba la razón. Tenía tan pocas esperanzas en eso que llamaba mi vida que mi hermano tuvo tiempo de bajar la escalera y ganar la entrada. Pasó dejando una estela de agua de colonia.

—Ha de ser mi cuate Ángel, enana, el pobre no tiene con quién pasar la noche.

Entraron en tropel el tío Agustín, la tía Nelly y mis primos Carlitos, la Yoyis y el Gordo. Corrí a echarle llave a mi cuarto. La última vez los inocentes decidieron armar una fortaleza con todos los muebles, y como consecuencia rompieron el espejo y deshojaron mis “Principios Básicos de Farmacología”. Sin embargo, al ver la cama, no resistí la tentación de tumbarme con los brazos bajo la nuca. Contar los moscos aplastados en el techo era preferible que estar en esa fiesta a la que de seguro Hilario no me haría el honor de asistir. Estaría con sus compañeros de partido deshaciendo y componiendo el mundo. Como si no lo conociera. Le daría una flojera terrible dejar el cotorreo sobre el fraude electoral por una reunión de familia, *burguesota*, para usar una de sus palabras.

Tenía tanto coraje que mordí la almohada hasta sentir el sabor amargo del hule espuma. Lo peor era que ni siquiera podía quejarme con Marisa. Ella sí se animaba a dejarlo todo en estas sacrosantas fechas. ¡Qué bien sabía llevar su vida la Marix! Alternaba la Sociedad de Derechos Humanos y la playa Paraíso con entera armonía. Pero lo más importante es que no se hacía pedazos por ningún hombre. Si la relación no funcionaba, pues *ciao*, se acabó. En cambio yo estaba prisionera de un montón de babosadas. No era capaz ni de pasar limpio un semestre, tal vez porque me había equivocado de carrera. Los hospitales me daban náuseas, me ponía verde en las prácticas sólo de ver un bisturí. No soportaba la idea de la sangre.

Mamá tocó con fuerza en mi puerta.

—Julia, ¿qué pasa? Ya llegaron las visitas.

—Voy.

—Ándale, que necesito que me ayudes con la botana.

Bajé sin siquiera lavarme la cara. Mis primos estaban jugando tiro al blanco con las esferas del árbol de navidad. Todos los festejaban: qué lindos son los niños. Pasé de largo.

En la cocina, Aurelia daba los últimos toques a los romeritos, al relleno del pavo, al puré de manzana.

—¡Qué rico huele!

—Gracias, Julita, ojalá que les guste.

—Oye, ¿no me ha hablado Hilario?

—Ya sabes que no.

—Bueno, quedó de venir a las ocho y apenas son las diez.

Como autómata, me puse a untar paté sobre decenas de galletas. De pronto pensé en el cerdo que había acabado sus días para ser botana de una fiesta de año nuevo, en sus ojillos y su rabo, y me entraron ganas de llorar. Entonces tuvo que suceder, porque esas cosas sólo pasan cuando la gente se inquieta, que al abrir el frasco de las cebollas cocteleras me saltaran todas encima.

—Vete a cambiar —dijo Aurelia muerta de risa—, yo acabo.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Para que recibas bien el año nuevo. ¡Ay Julita! Habías de hacer lo que se hace en mi pueblo. Mira: tomas una olla grande, de las que están lastimadas, y la quiebras en el patio pensando en todas las cosas que no te gustan. Luego barres los tepalcates y te deshaces de una vez por todas de lo que no te deja ser una muchacha feliz, como deberías de ser porque no te falta nada.

—Eso crees tú. Yo siento que me falta todo.

—Pues ándale, quiebra la olla.

Iba hacia la sala con la charola de las botanas cuando sonó otra vez el timbre. Segura de que era Hilario me encaminé a la puerta anticipando los reproches que le dispararía. Comencé antes de abrir:

—Ya llegó el rey de Roma, espere su Majestad que le ponga la alfombra de brocado.

Me desconcertó el silencio que se produjo como única respuesta.

—¿Quién es?

—Ángel.

—¿Qué Ángel?

—Saucedo.

Había olvidado por completo al amigo de Polo que no tenía dónde pasar la noche. Abrí de inmediato, llena de un espíritu compasivo, pero la figura que apareció no tenía el menor rasgo de alguien dejado de la mano de Dios. Era un chavo alto, altísimo, y tenía una expresión divertida.

—¿Y la alfombra de brocado?

—Perdón, no sabía que eras tú.

—En cambio yo sí sé que usted es Julia. La he visto varias veces.

—¿Sí?, ¿en dónde?

—Aquí y allá, de lejos. A ver, déjeme ayudarla —dijo tomando un extremo de la charola.

Gracias —balbuceé sin soltar el otro extremo—. Pero no me hables de usted, que me haces sentir muy rara.

—¿Por qué? Yo así hablo de cariño, pues.

—¡Ah!

—Es que haga de cuenta que la conozco de años por todo lo que platica Polo.

—¿Qué platica?

—Que... es usted una maravilla.

—Nunca pensé que Polo hablara así de mí.

Ángel se echó a reír y yo también. Los dos sabíamos que el patán de mi hermano era incapaz de decir cosas por el estilo. Luego nos quedamos sin saber que hacer con nuestro cargamento de galletas, de modo que nos lo fuimos comiendo. Todo el tiempo mirada con mirada, pero no apenitas, como se ven los que no se conocen, sino con la atención que se pone al observar una pecera. Al menos eso sentí yo. Una sensación tan curiosa que pensé que a lo mejor el paté tenía algo de yerba. Cerré los ojos para probar si el gigante desaparecía. Pero al abrirlos seguía ahí,

masticando y perforándome con la vista, directo al hipotálamo.

El sonido del teléfono nos distrajo, aunque no demasiado porque caminamos hasta la mesita del corredor sin soltar ni las galletas ni las miradas. La voz de Hilario me llegó desde otro planeta. Así que le respondí como si se tratara de eso, de un marciano.

—No importa..., de veras, no te preocupes.

Hilario no podía creerlo. Nunca, en los cuatro años de novios, había yo reaccionado con tanta tranquilidad a su descuido. De manera que insistía en sus pretextos, en la enorme importancia de lo que se discutía en la cantina La Providencia, en lo fundamental de convencer a no sé quién de no sé qué. Pero en verdad no me importaba. Podía irse a la goma con todos sus discursos.

—*Ciao* —dije categórica y colgué—. Era Hilario.

—No me tiene que dar ninguna explicación, oiga.

—Pero yo sí te quiero como contar mi vida.

—No, no, por favor. Mejor cuénteme qué deseos tiene para el año que va a empezar en cuarenta y cinco minutos.

—¡Uy, muchos!

—¿Por qué no hacemos una lista?

Lo que estaba pasando de plano parecía de película. Yo oscilaba entre dar brinquitos y detenerme pasmada. Pero tuve un franco cuadro de disnea cuando Ángel se sentó ante la horripilante mesa de mamá y escribió en mi libreta de *Historia de la Medicina*: “31 de diciem-

bre. Lista de deseos de Julia y Ángel en la noche que se conocieron”.

—Nunca se sabe —sonrió—. ¿Empieza?

En ese momento los demás se acercaron. Alcan-
cé a darme cuenta de que Polo saludaba a Ángel y lo
presentaba a las visitas. Intuí un gesto de reproche de
mamá, no sé si por mi facha, por la botana que nun-
ca llegó o nada más por costumbre. También capté un
movimiento de platos y tenedores. Pero todo se había
vuelto neblinoso, puros fantasmas. Todo lo que no fue-
ra Ángel y la lista de deseos.

Con mi mejor letra, escribí: “Uno.irme de aquí”.
Pasé a Ángel la libreta y el lápiz, y él agregó, con una
letra de molde descuadrada pero firme: “Dos.irme
de aquí con usted”.

“Tres. Al mar”.

“Cuatro. A donde usted quiera”.

“Cinco. Y no tener más que una hamaca”.

“Seis. Una hamaca y usted”.

“Siete. Ya no se me ocurre nada”.

“Ocho. No necesitamos más. Sólo eso”.

“Nueve. Sólo eso”.

“Diez. Ser felices”.

“Once. Ser felices”.

“Doce. Ser felices”.

Terminamos justo a tiempo cuando Polo anunció
ya un poco borracho:

—Señoras y señores, falta un minuto para las doce.

—Prendan el radio —ordenó mamá al aire.

—Ya no da tiempo —dije sabiendo que el aire era yo.

—¿Listos? —gritó Polo—, ¡las doce!

Reinó un momento de paz mientras comíamos las uvas. Ángel me dio la mano por debajo de la mesa, como sellando un pacto. Luego nos levantamos y vivimos nuestro primer abrazo.

—¡Feliz año nuevo, mi alma!

—¡Qué pena! —dije a mi vez—, huelo a cebolla.

II

—¿Estás loca? —exclamó Marisa, acelerando su Vocho hasta donde era posible en medio de la marabunta de las seis de la tarde.

Su reacción me tomó desprevenida. Había imaginado que se entusiasmaría con mi decisión. En cambio, estaba furiosa.

—Tú no entiendes —me defendí—. Nunca te has enamorado tan grueso.

—¿En serio crees que eso que te pasa es amor? ¿Así tan repentino?

—Sí, no tienes idea: todo lo demás se ha borrado.

—¿También Hilario?

—Sobre todo Hilario. Se puso como energúmeno, el encantito. No sé cómo anduve tanto tiempo con él. ¡Cuatro años esperando sus llamadas!, ¿te das cuenta?, ¡cuatro años tirados a la basura!

—No exageres.

Habíamos llegado al salón de belleza. Bajamos del coche y esperamos nuestro turno en completo silencio. Marisa intentó cruzar el abismo que se abría entre nosotras justo cuando le pusieron la cabeza bajo el chorro del agua, así que dijo a gritos:

—Me preocupas. Deberías ir un tiempo a psicoanálisis, amiga.

—¿Por qué? —respondí también gritando pero con un dejo despreocupado, como si se tratara del corte de pelo que Luchis estaba a punto de hacerme.

—¿Cómo por qué? No conoces a Ángel. A ver, ¿quién es?

—¿Ángel?

—¿Ves? No sabes.

—Claro que sé —dije por decir algo, viendo en el espejo cómo caían mis cabellos sobre el hule negro que me envolvía.

—Ay, una nunca los conoce de veras, pero ¡qué importa! —terció Luchis, dándole vuelo a la tijera.

—Párale, Luchis, me vas a dejar rapada.

—Vas a quedar bien chula, ya verás, vas a ser una novia que mate de envidia a todas las amigas.

—A mí no —dijo Marisa dirigiéndose a una de las sillas situadas en hilera frente al espejo—, por nada quisiera caer en una trampa de ese tamaño.

—¡Cómo eres!, ¡por qué trampa? Si casarse ha de ser de lo más bonito.

—Depende, Luchis, depende.

—¿Qué otra cosa mejor puede hacer una mujer? Nomás dime.

—Miles de cosas. Pareces del siglo pasado. Ahora una mujer tiene muchas salidas. Si ya no aguanta a su familia, por ejemplo —y aquí Marisa recalcó cada sílaba—, puede trabajar y rentar un departamento. No tiene que casarse con el primero que pasa.

Esto ya me colmó el plato. Marisa estaba destróndome el hígado con sus grandes verdades sobre las cosas que en realidad nadie entiende.

—No me caso con el primero que pasa —dije con una voz terriblemente aguda—, estoy enamorada de Ángel y tengo con él un proyecto de vida. Así como tú tienes el tuyo de ser una carmelita descalza.

—Bueno, bueno —intervino Luchis tratando de suavizar la tensión—. ¿Te gusta? Espera que te peine con la secadora y verás.

No me gustaba para nada. Me sentía completamente pelona, como pollo asustado, horrible y desprotegida ante la sensatez de Marisa que continuaba con sus argumentos:

—Cuando menos yo estoy en la tierra, carajo, hago lo que está en mis manos por mí y por los otros. Pero tú estás volando y me temo que vas a darte un zapotazo: ahí va Julia en caída libre, ¿quieres que lo vea tan tranquila?

—Bueno, ya —dije dando por terminada la discusión.

Luchis me dio los últimos toques y trató inútilmente de sacudirme con un cepillito entalcado. La Marix también estaba lista, con su pelo a media espalda del que con prudencia había cortado sólo las puntas.

—En serio —dijo al salir— ¿por qué no vas a psicoanálisis?

III

Al mes, exactamente el dos de febrero, nos casamos. El coheterío de la Candelaria me despertó antes del amanecer. Un ardor se empeñaba en agujerarme la boca del estómago, así que lo primero que hice el día de mi boda fue correr por un vaso de leche. Mamá y Aurelia ya estaban en la cocina preparando los bocadillos.

—Hijita, ponte unos emplastos de hierbabuena. Mira qué ojos traes.

—Mami, no fastidies, ¿sí? Aunque sea por hoy.

—¿Cómo que aunque sea por hoy? Si hoy va a ser el único día en tu vida en que seas el centro de todas las miradas.

Me detuve un rato a sentir el clima de mi casa. Observé con detenimiento el fregadero, los trapos de cuadrados, el marco carcomido de la ventana. Eran de un viejo que podría dar lástima, pero no a mí. El maestro de fisiología se hubiera sorprendido de mi capacidad para poner distancia. Antes de cada disección me repetía: tienes que aprender a poner distancia, pero yo nunca dejé de conmoverme por la rana. En cambio, ahora sólo pensaba en la dicha de que en unas horas este mundo se hubiera esfumado.

—Te advierto que no le voy a dirigir la palabra a tu papá. Una cosa es que haya aceptado por ti que viniera

a mi casa y otra muy distinta que me rebaje después de todo lo que nos ha hecho.

—Haz lo que tengas ganas, mami. No te preocupes por mí.

—Es que de veras...

—Sí, sí, no lo repitas. No tiene caso.

Mamá estaba más ansiosa que de costumbre: el acontecimiento la rebasaba.

—La vida es espantosa, hijita —dijo mientras afilaba un cuchillo filetero.

—A mí me va a ir muy bien con Ángel, ya verás.

—Eso es lo que yo creía cuando me casé. Igualito.

—Pero nosotros somos diferentes.

—¿Ah sí?, ¿cómo en qué?

—La verdad he aprendido mucho de tu experiencia. A mí no me va a pasar lo mismo.

—También yo creía eso con respecto a mi mamá, si lo oigo como calcado. Tú espérate, Julia, ya hablaremos dentro de diez años.

—Ya hablaremos y tendrás que aceptar que encontré otro camino.

—Pero ¿cuál?, ¿de qué hablas?

—De compartir la vida de otra manera, sin querer otra cosa que ser felices.

—Eso no tiene nada de nuevo: es lo que quiere toda la gente.

—Pero nosotros vamos a dar el paso de dejarlo todo, de vivir a la orilla del mar, sencillamente...

—Ay, no sabes lo que dices... Eso tampoco tiene nada de nuevo. Ya lo hicieron los *hippies*. Y fíjate a dónde llegaron.

—¿A dónde?

—A ningún lado.

En ese momento, mi mamá hizo una mueca que la convirtió en una ancianita. Fui a abrazarla y sorpresivamente me eché a llorar junto con ella. Yo me explicaba el llanto de mamá, lo había visto en la televisión miles de veces, pero no el mío. Salía como de otra persona. Por fortuna, ella cortó de golpe, y entre hipos retomó el orden.

—Bueno, ya, que se te van a poner peor los ojos. Aurelia, prepara unos emplastos y nos los subes. Apenas tenemos tiempo.

Cuando mamá salió volví a sentir que era la mejor decisión que había tomado en mis diecinueve años de existencia.

—Aure, ¿tú crees que se puede ser feliz?

—No sé, niña, a mí no me ha tocado.

—Pero ¿crees que se puede?

—Así como están tú y Ángel, a la mejor.

—No lo dices muy convencida.

—Mejor ya ve a arreglarte, Julita. ¡Ah!, y no se te olvide ponerte algo azul en la media: es para que se alejen las desgracias.

Subí de tres en tres la escalera, y no volví a pensar en la recomendación que me dio Aurelia hasta que

estaba entrando a la iglesia del brazo de mi papá, en medio de la faramalla de la marcha nupcial, justo en el único momento de mi vida en que he tenido, y tendré, todas las miradas sobre mí.

Traté de parecer despreocupada pero cuando por fin nos hincamos en los reclinatorios, le susurré a Ángel:

—No traigo nada azul en la media.

—¿Qué?

—Que no traigo nada azul en la media.

—No le entiendo.

Me empezó entonces un ataque de risa. El cura diciendo el Credo y yo dejándome invadir por el mal augurio de no traer nada azul en la media. Lo cual, por cierto, no tenía nada de raro porque en la casa siempre se habían combinado los padrenuestros con las lecturas de cartas y las consultas a diferentes brujos, especialmente después que papá se fue con la otra. Pero el caso es que yo no podía para de reír, aunque intentaba hacerlo con todas mis fuerzas.

—¿Qué le pasa? Respire hondo, pues —murmuró Ángel.

—Es que tengo miedo de que suceda una desgracia...

Ante tal absurdo, una nueva explosión me sacudió y me hizo escurrir la nariz, afortunadamente al mismo segundo en que se lanzó al aire el Aleluya. Victoria, una de las hermanas de Ángel, enorme como él, se acercó a ofrecerme un pañuelo.

—¡Cálmate! —me dijo al oído—, toda la gente se está dando cuenta.

—¿Qué tiene de malo que la novia esté contenta? —le respondí en voz lo suficientemente alta como para que me oyeran cuando menos los de primera fila, es decir, mamá y papá.

A la salida, mis primos nos fusilaron con puñados de arroz y con el clásico corito: “¡Beso, beso, beso!”. Ángel me abrazó.

—Tiene miedo a ser feliz, mi alma, eso es todo.

—Para nada... lo único que sí tengo es un arroz en el ojo.

IV

En sí, la fiesta de mi boda la tengo muy revuelta en la cabeza. Ya no sé qué pasó primero y qué después. Será porque Ángel y yo nos la pasamos brindando con los invitados de una y otra mesa. Sólo con mi familia política me tomé dos cubas libres, de los puros nervios de no saber que decir, pero en la mesa de mamá y papá perdí la cuenta de los tragos por la razón contraria: tenía yo demasiadas cosas que callar. Sobre todo cuando a papá se le ocurrió la brillante idea de hacer las paces con mi mamá y ella no encontró mejor ocasión que soltarle todos los reproches que había guardado durante catorce años, incluyendo el despojo de los discos de Pérez Prado. Creo que fue en ese momento cuando me fui a vomitar mientras Marisa me decía que aún era tiempo de echarme para atrás. ¿O fue después? Tal vez cuando Hilario llegó enfurecido, pistola en mano, gritoneando que a él nadie le hacía un desaire de esa magnitud y menos por un pelele —así se refirió a Ángel—, sin ninguna definición política. Aquí Marisa se vio muy bien porque le sacó a cuento el asunto de la democracia y la necesidad de ser tolerantes. Y Polo se vio mejor todavía porque le quitó al pistola y lo invitó a que se sentara con él y Marisa a seguir discutiendo.

Y como no había nada en el mundo que Hilario disfrutara más, esto le hizo bajar la guardia y posponer los rencores. Pero entonces no pudo ser en ese momento que me fuera a vomitar acompañada de Marisa porque ella se quedó ahí un rato largo, entretenida con la plática que de seguro fue a dar a las elecciones. Así que ha de haber sido después de que Ángel se empeñó en enseñarme a bailar polcas, haciéndome girar como si estuviéramos en la Canoa Krakatoa de la feria, mientras la gente palmeaba a nuestro alrededor y yo alcanzaba a ver pasar las caras fugaces de mis cuñados burlándose de la torpeza con la que me desenvolvía en aquella danza desconocida para mí. Bueno, no importa cuándo fue, el hecho es que estando Marisa y yo en el baño ella me dijo que por favor pensara en mi carrera, en mi vida, que todavía era tiempo. Y yo tuve un instante de duda, el único, avivado de pronto por el mal augurio de no llevar nada azul en la media. Un presentimiento, una inquietud casi insoportable. Pero duró lo que un relámpago porque Ángel tocó a la puerta y volvimos al baile. Me parece que para entonces ya se había ido la mitad de la concurrencia, no sé si por el numerito de Hilario o por el de mis primos, quienes, disfrazados de bandidos, se dedicaron a asaltar a jóvenes y viejos con sus propias pistolas, de agua por supuesto. De todos modos, la fiesta siguió. Las muchachas pasaron debajo de mi velo y luego hicieron un semicírculo a mis espaldas para ver a quién le tocaba el ramo. La afortunada resultó la her-

mana menor de Ángel que tenía apenas siete años. Las demás quedaron enfurruñadas, diciendo que eso no se valía, que le hubiera tocado a otra —cada una aseguraba que a sí misma— si no fuera porque la chiquilla se había lanzado a interceptarlo. A lo lejos vi a mamá llorando en el hombro de mi tía Nelly: creo que mi papá había vuelto a desaparecer. Yo ya no daba para más, lo único que deseaba era irme lo más rápidamente posible pero en ese momento Ángel era arrojado a los aires por mi hermano y otros amigos de Ingeniería, quienes no hallaban manera más divertida de despedirse de su cuate que usarlo de pelota: “Porque es un buen compañero, porque es un buen compañerooooo, ¡y nadie lo puede negar!”. Fui a rescatarlo con la mentira de que le hablaba su abuelita desde Sonora. Volamos escaleras arriba y por primera vez en todo el día respiramos a nuestras anchas.

—¿Tienes abuela? —le pregunté mientras me quitaba el disfraz de novia.

—Oiga, ¿por qué me habla así?

—Tonto, te lo pregunto en serio..., ni siquiera sé si tienes abuela, pero no importa. ¡Olvídalo!

Desde la ventana vimos, según nosotros por última vez, a los personajes que conformaron nuestra infancia y adolescencia. Huimos.

El lugar hacía honor a su nombre. Era un verdadero paraíso. Las bellezas de las que me había hablado Marisa eran apenas un pálido reflejo de la finura real de la arena. Del azul intensísimo del mar y del cielo que se fundían en el horizonte, de los montes verde esmeralda. El oleaje era suave, con la fuerza justa para jugar en él sin riesgo, para perderse horas entre los miles de pececillos de colores. No queríamos otra cosa.

Unas cuantas cabañas de pescadores eran la única presencia de civilización. La familia de doña Herme nos alquiló una de ellas: piso de tierra, ventana al mar, una hamaca amplia, mesa y dos sillas. Esto era todo lo que necesitábamos. Bueno, casi todo. Ángel y yo llevábamos una grabadora y nuestras cintas preferidas. Para mí, canciones tipo Luis Miguel, para Ángel, la Banda del Norte; para los dos, un poco de jazz. Además de música, algunos libros: mi Manual de Anatomía, por si las dudas, y un montón de novelas, compradas al azar. Por último, los instrumentos de joyería —el alambre de cobre y la chaquiras—, oficio que desconocíamos por completo, pero que nos habíamos propuesto nos daría de comer.

Durante cinco largos meses vivimos en una inconsciencia deliciosa; trabajando a ratos y haciendo el amor a toda hora: en el mar, en la arena, en la hamaca, en la

mesa, en una y otra silla, en el piso de tierra. Doña Herme nos alimentaba con frutas y pescado fresco por un costo bajísimo. Sólo salíamos de Paraíso los domingos en que íbamos al pueblo a vender nuestras chucherías.

Leí en un libro, no recuerdo cuál, que la felicidad no se puede contar, o sí se puede, pero resulta muy aburrida. ¿Qué chiste tiene saber que un par de enamorados recibe el amanecer uno en brazos del otro, y los dos en brazos del mar inmenso? Y que luego se secan también el uno al otro, se besan, se acarician, se sonríen, se dicen te quiero, se miran a los ojos. ¿a quién puede interesarle saber que se leen mutuamente poemas de Neruda o escuchan a Duke Ellington mientras tejen cuenta a cuenta la chaquira? Menos aún enterarse que después de una de estas bondadosas mañanas se dirigen a la palapa de doña Herme y se zampan unos huauchinangos al mojo de ajo rociados con cerveza oscura, para más tarde tumbarse sobre la arena y dejarse humedecer por la espuma retozona, tomados de las manos, de los pies, de los labios, de los sexos...

Por eso sólo le escribí a Marisa una o dos veces, porque ni modo de contarle siempre lo mismo. Ella, en cambio, se mantuvo escribiéndome como cada quince días. Era obvio que se sentía triste y sola, porque de otra manera no se recurre tanto a las cartas. No hay tiempo para eso, ni ganas. Pasa igual con que con los diarios: cuando yo estaba con Hilario llenaba hojas y hojas contando todos mis intentos por atraer su atención y de

cómo una y otra vez fracasaba. Pero ahora ni siquiera se me ocurría abrir el cuaderno.

Yo estaba convencida de que a Marisa le hacía falta un amor de verdad, que la llenara. Sus cartas eran insufribles: me relataba detalladamente los casos de desaparecidos, a los cuales luego encontraban muertos en algún barranco con señas de brutales torturas. Al principio las leía en todas sus letras, pero luego comencé a saltarme párrafos, igual que hacía con las descripciones de paisajes en las novelas. Después, ya francamente ni las abría, a partir de una última que trataba de la violación de unas muchachas por unos judiciales ayudantes del Procurador. No, yo no quería enterarme de esas cosas. ¿Para qué?, ¿nada más para quedarme con un sabor amargo por el resto del día? De modo que fui guardando los sobres tal cual, tomándolos como una muestra de cariño por parte de mi amiga, pero hasta ahí.

Estaba decidida a no dejar entrar ninguna sombra, y aprendía de Ángel los trucos para lograrlo. Él era un mago en eso de la felicidad. Reconocía de inmediato la cercanía de un terreno peligroso en la conversación, hallando siempre la manera de desviarse, dándole la vuelta, tendiendo un puente o, de plano, pegando un salto descomunal. Esto era regla y ley con el pasado: lo evitaba sistemáticamente. También cualquier asunto que despertara diferencias entre nosotros. Por ejemplo, si a él le encantaba cierta combinación de colores para una pulsera y a mí me parecía espantosa, me invitaba a nadar.

Y al cabo de unas olas, el conflicto quedaba olvidado al punto que ni siquiera recordábamos cuál combinación le gustaba a cada uno.

Fue en ese estado de armonía que recibimos lo que nos dio por llamar “la sorpresa”. Llegó una mañana en que caminábamos recolectando conchas y caracoles para el negocio. Se hizo presente en la forma de un ataque de sueño que, por poco, me hace caer. No sentí nada desagradable, sólo un inmenso cansancio, pero resultaba algo extraño porque nunca en mi vida había tenido mejor condición física.

—Ya no puedo —le dije a Ángel.

—¿Qué tiene? Está toda pálida.

—No sé.

Ángel corrió a casa de doña Herme y volvió con un enorme jugo de naranja y con la propia doña Herme, quien me revisó el iris y la lengua.

—Esto está raro. Lo único que podría ser es que estés de encargo, pero no parece, no...

Ya no quisimos escuchar más. No habíamos pensado en la posibilidad de tener un hijo —es más, no habíamos pensado en absoluto—, pero la novedad nos pareció de lo más emocionante. Ángel me llevó en brazos a la casa, me acostó con suavidad en la hamaca y me llenó de besos la panza.

—¿Cómo le pondremos?

—Mmmm..., ningún nombre me parece suficientemente bonito. ¿Te imaginas? Lupita... o Pancho...

—¿Que le parece Xochilcalpilli?, ¿le gusta?

—No mucho.

—Quiere decir ‘mujer divina’

—¡Ah!

Y perdida en esas tiernas dudas me quedé dormida hasta la tarde. Al despertar, Ángel seguía a mi lado. Trabajaba la chaquira con dedicación; había tejido lo que generalmente hacíamos entre los dos en varios días.

—Es que vamos a necesitar un poco más de dinero —explicó sonriente—. Oiga..., ¿todas las embarazadas se ponen así de pálidas?

—Me imagino que sí —dije con tono de niña consentida, al tiempo que me levantaba con esfuerzo.

—Necesita comer bien, lo doble. Un buen pescado le va a levantar el ánimo, ya verá.

—No, si animada estoy, es más, estoy completamente feliz.

VI

Pasaron los días y algunos signos de “la sorpresa” comenzaron a inquietarme: mientras más sol tomaba, más enverdecía; mientras doña Herme aumentaba las raciones de pescado, más enflacaba; mientras más aire puro, más grandes las ganas de no moverme de la hamaca. Sin embargo, Ángel me devolvía la tranquilidad con toda clase de mimos y arrumacos, y yo misma echaba mano de mis leves nociones de fisiología para convencerme de que se trataría de un estado pasajero.

Por lo demás, Ángel y yo estábamos todavía más cercanos ahora que hacíamos una vida casi puramente contemplativa. Nos sentábamos horas frente al mar, como si éste tuviera algún secreto que nos daría la pista para continuar felices hasta la eternidad. Observábamos el proceso de transformación del día en noche y de la noche en día, y cada vez nos apretábamos las manos al llegar la hora cero, ese momento único en que no hay luz ni oscuridad, en que todo se queda suspendido y quieto, presintiendo que justo ahí se encontraba la clave.

Pero ese momento dura unos instantes y luego tiene que pasar algo: o sale el sol o se oculta.

Ángel y yo entramos en la noche el día en que él también cayó con los mismos síntomas. No tenía fuerzas ni para llegar a la palapa de doña Herme.

—Y ahora ustedes, ¿qué les pasa? —dijo en tono más de regaño que de pregunta. Y corrió a compartir el peso que estaba a punto de derrumbarme.

—Ángel se ha empezado a sentir como yo —aclaré innecesariamente.

—¿Se acuerdan de que les dije que había algo en los ojos de Julia que no me gustaba? Pero no sé qué es. A ver tú —le ordenó a Ángel—, déjame verte...

Mientras doña Herme se asomaba al fondo de los ojos de Ángel, yo me asomé a mirar mi propia realidad. Creí que me había sentado en una silla empapada por el agua que chorrean las redes de la pesca. Pero no, el líquido era del color de la sangre. No me atreví a moverme.

—¿Qué cosa! —exclamó doña Herme—. Igualito. Ay, muchachos, ¿qué tendrán?

—¿Cómo que igualito? —dijo Ángel con debilidad—. Si ya sabemos qué es lo que le pasa a la Maravilla.

—Pues sus ojos están iguales, los cuatro, y de lo más raros. Yo no sé. Mejor les traigo algo de comer.

Ángel se dejó caer de rodillas, puso la cabeza en mi regazo, y comenzó a hablarle a nuestro supuesto bebé.

—Mi buqui, mi Cihuapipiltin, usted no tiene que preocuparse de nada. ¿me entiende?

Me dio más pena verlo así.

—Ángel, te quiero decir algo.

—Soy todo oídos. Bueno, somos, ¿verdad Cihua?

—Creo, más bien estoy segura, de que... no estoy embarazada.

—¿Qué dice, mi alma? ¿Cómo sabe?

—Me acabo de dar cuenta. Creo que fue por la impresión de verte tan mal.

—Me lo hubiera dicho antes —dijo decepcionado, pero con la energía necesaria para incorporarse—. ¿Por qué me dejó seguir hablándole? ¿Cómo será!

—Perdón —susurré.

Doña Herme salió con unos tremendos platos de mojarras enteras, arroz con plátanos fritos, y frijoles.

—Andenle, coman. Y tú —me señaló—, quita esa cara de puchero. Lo que tienen que hacer es ir a ver a su doctor.

—Han de ser sólo unos mugrosos bichos —aventuró Ángel.

—¡Qué va! Ya estaríamos todos así, con los ojos estrellados —dijo doña Herme echando mano de su sentido común.

Tenía razón. No había ningún síntoma de infección gastrointestinal; más bien, en un descarte rapidísimo, aparecía el diagnóstico de un cáncer. La debilidad entraba a la perfección en un cuadro de leucemia. Pero ¿los dos al mismo tiempo? Había sólo una posibilidad en millones de que algo así sucediera. Y, sin embargo, no era imposible.

—Vamos a México —dijo Ángel adelantándose a lo que yo diría tarde o temprano.

—Sí, ni modo. Hay que hablar por teléfono para avisar.

Mi problema inmediato era levantarme de la silla, ya no por falta de energía, sino porque ¿cómo? Estaría hecha un asco. Sentí coraje contra mi cuerpo y el cuerpo de Ángel. ¿Qué tenían que hacer la sangre y la enfermedad en Paraíso? ¿Por qué echaban a perder así las cosas?

No podía, sin embargo, quedarme ahí sentada toda la tarde, como una estúpida niña de secundaria, así que dije en un tono de exagerada madurez:

—Tengo que bañarme.

—¿Ahorita? —se quejó Ángel.

—Vamos —lo invité— nos va a caer bien. Luego pasamos a la caseta de teléfono.

Ya bajo la regadera, Ángel comenzó a bañarme despacito.

—Yo soy el que tiene que pedir perdón. Es una tontería preocuparse porque no llegue ahora la sorpresa. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Naturalmente —aseguré escondiendo la duda de que esto fuera cierto.

—Ya vendrán no una, sino cinco o más sorpresas —continuó él con renovado entusiasmo— y todos vamos a tejer la chaquira y a oír la tambora...

—Bueno, también otra música, ¿verdad?

—La que usted quiera, mi Maravilla. Y vamos a sentarnos juntos, ellos en nuestras piernas, a ver el mar,

a contar los barcos que andan a lo lejos, a imaginar qué habrá en las islas... Es más, iremos a las islas, a cada una, ya verá cómo las exploramos, igual que si fuéramos los primeros, los únicos...

Ángel hablaba sin parar mientras nos lavábamos mutuamente, entre besos y cariños que querían ser cada vez más exaltados, pero no podían. En realidad estábamos a punto de desmayarnos.

VII

Al vernos bajar del camión, mamá lanzó un gritito de horror. Además de flacos, y descoloridos, en meses no nos habíamos hecho ningún arreglo más allá de un baño y un peinazo. El cabello nos llegaba —a los dos— hasta los hombros, y la barba de Ángel ya le daba un aire de profeta.

—¡Ay, mi hijita!, ¿qué te pasó? Pareces una salvaje..., te dije que no ibas aguantar ese tipo de vida. Te lo dije.

—Mami, nunca he sido más feliz. Estamos un poco debiluchos, eso es todo.

—Ojalá no te hayas pescado una de esas enfermedades del trópico. Son una monserga.

Mamá hablaba todo en singular, es decir, ignoraba a Ángel de la manera más olímpica. Tal vez después de todo prefería a Hilario, era la clase de hombre que ella conocía, en cambio Ángel debía parecerle un letrado en chino.

—Te conseguí un paquete buenísimo en el Hospital Santa Fe. Fíjate, todo por cinco mil pesos: radiografías, análisis, electros, todo...

—Conseguiste dos, ¿verdad?

—Sí —dijo como si se tratara de algo sin remedio—. Y le avisé a todo mundo para que no te sientas sola en el hospital.

—¿Por qué hiciste eso? Si no venimos a una fiesta...
¿A quién le dijiste?

—No te enojos que te hace daño regar bilis. Sólo le dije a tu papá y a tu hermano, a Marisa, a tus tíos...

Afortunadamente el hospital no estaba lejos de la estación, así que pronto una puerta que decía “sólo pacientes” dejó a mamá del otro lado, dándonos un descanso de su charla sin fin. En la sala de espera había unas diez o quince personas de diferentes edades, la mayor parte muy formales. Desde sus corbatas y tacones altos nos vieron con asco disimulado y luego desviaron la mirada. Ángel y yo nos sentamos muy juntos en un sillón de una sola plaza.

Una enfermera iba nombrando a los pacientes. De repente, todos nos habíamos convertido sólo en eso; cuando menos tal condición nos igualaba. Primero pasó Ángel. Al verlo desaparecer tras una puerta que se cerraba celosamente, no pude dejar de sentir que en cierto sentido estábamos irremediablemente separados, cada uno en su pobre cuerpo.

Esa sensación fue más fuerte cuando fui yo a quien nombraron. Me hicieron entrar a un cuarto diminuto en el que había de desvestirme completamente y ponerme una bata verde pistache, que se ataba por detrás con unas tiritas. Luego había que esperar el turno para la toma de sangre. La gente que hasta hacía unos momentos estaba tan orgullosa de su porte, se veía ahora vulnerable y apocada, igual que yo seguramente.

A lo lejos, Ángel me hizo un guiño coqueto. Nos reímos de nuestras apariencias con las famosas batitas que ambos deteníamos púdicamente. Nos mandamos un beso y volvimos a perdernos de vista.

Luego de varios pinchazos y otras pruebas molestas, fuimos llevados en camilla a nuestras respectivas habitaciones. No logramos por nada en el mundo que nos dejaran estar juntos; imposible contravenir las reglas del hospital. Aquello era de locos. ¿Por qué diablos tenía que haber una pared entre Ángel y yo? Está bien que no escucharan el argumento del amor, pero había otro muy razonable; sentíamos una franca mejoría.

Mamá se había empeñado en salir a comprarme un camisón para recibir a las visitas. Tomé el periódico para entretenerme; hacía meses que no me enteraba de los sucesos del mundo. Un transbordador noruego había sufrido un incendio terrible, al parece provocado por un demente. Habían muerto cientos de personas y otras tantas estaban desaparecidas. Los sobrevivientes aseguraban que el barco no contaba con las mínimas condiciones de seguridad: nunca hicieron un simulacro para saber qué hacer en caso de accidente, y a la hora de la hora ni siquiera sonó la alarma. La tripulación formada por portugueses, griegos y turcos colaboró a la confusión, sumando gritos en diversas lenguas incomprensibles para unos y otros. Una torre de Babel en medio del océano.

Doblé el periódico sin querer saber más del asunto, pero en la primera plana venía una fotografía de las tareas de rescate. Entonces, abrí la puerta del buró, arrojé dentro el periódico y cerré de prisa, como si se tratara de un demonio al que hubiera que mantener apresado. Quise pensar en algo agradable: mi casa en playa Paraíso. Pero las imágenes del transbordador se sobreponían a mis recuerdos. Me levanté para ver si el movimiento me ayudaba a controlar la ansiedad. Tocaron.

—¿Se puede?

Era Marisa con un ramo de claveles.

—Oye, amiga, pero si tienes una cara estupenda. La verdad me esperaba algo terrible por lo que me explicó tu mamá. ¿Qué dice el doctor?

Marisa entró con una energía desbordante. En un dos por tres puso las flores en un vaso de agua, abrió las cortinas, y se sentó en la cama.

—Todavía no se sabe. Faltan algunas pruebas.

—Pero ¿qué te late? Tú has de saber por donde anda el asunto.

—Fíjate que no, Marix, no tengo la menor idea.

—¿Ya ves?, ¿para qué dejaste la medicina? Ésa era una herramienta, tu herramienta.

Se hizo un silencio incómodo.

—Perdóname —añadió Marisa, dándose cuenta de que no era el lugar apropiado para esa discusión que teníamos pendiente—. Hay tanto de qué hablar... cuéntame cómo te ha ido, casi no escribes.

—Ya sé que no me vas a creer, pero me ha ido de maravilla. No te puedes imaginar la relación que hemos hecho Ángel y yo...

—Entonces, estás contenta. ¡Menos mal!

—Contenta no es la palabra, estoy feliz. ¿Sabes lo que es abrir los ojos todos los días y, en vez del edificio carcomido de enfrente, ver el mar? Y respirar sabiendo que te estás metiendo aire en los pulmones en vez del pinche plomo que nos metemos aquí. Y hacer sólo lo que tienes ganas de hacer, aprovechando cada día, viviéndolo realmente...

—Sí, pero ¿a poco te basta?

—Me basta y sobra.

—Yo no podría —dijo Marisa entrando a la zona que se había vuelto tabú entre nosotras—, me sentiría una inútil.

—Pues a mí se me hace que eso es prepotencia —contesté alejándome de las lecciones aprendidas de Ángel.

—¿Sí? A mí al revés, se me hace más prepotencia sentir que te puedes bastar a ti misma en el aislamiento total.

—Yo no siento eso, sé que necesito a Ángel. En cambio, tú no necesitas a nadie. Te haces indispensable para otros, lo que es muy diferente.

—La indispensable no, pero si te pones en el lugar de un detenido desaparecido, si te puedes meter en sus

zapatos y sentir la soledad de estar a merced de unos cabrones, te daría gusto que hubiera un grupo de prepotentes, como tú nos llamas, tratando de sacarte de la bronca.

—Sí, claro...

Una vez más me sentía desarmada frente a las palabras de Marisa. Pero yo no quería dar mi vida por ninguna causa; quería algo más simple. Marisa luchaba por los derechos humanos, yo quería ejercerlos, arrebatárselos. ¿No era un derecho elemental intentar ser feliz?

Un doctor interrumpió la discusión.

—Si me permiten, voy a revisar a la paciente.

—¿Cómo vamos? —me preguntó el doctor al tiempo que me tomaba el pulso.

—No sé usted, pero yo estoy de pésimo humor.

—Es natural..., a nadie le gusta enfermarse. Pero, vamos a ver, ¿qué más siente?

—Pues ahorita sólo eso.

—¿Dolor de cabeza?

—No

—¿Mareos, náuseas, vómitos?

—No.

—¿Molestia al orinar?

—No.

—¿Algún otro síntoma?

—No doctor, me siento perfectamente.

—Qué extraño. También sus signos vitales están rebosantes, y hasta ahora todos sus análisis han resultado negativos.

—¿Cómo está mi marido?

—Va mejor, no tan bien como usted, pero mejor.

—Entonces, ¿ya nos podemos ir?

—Es posible. Por mí, no tiene caso que sigan hospitalizados. Creo que deben haber pescado algún virus, pero como están tan jóvenes los autocontrolaron. ¡Ni hablar! No hay otra explicación. Sin embargo, tengo que consultar con otros médicos.

Otra vez tocaron.

—¿Se puede?

Eran mi mamá y la tía Nelly.

—Señora —dijo el doctor, dirigiéndose a mamá, la felicito, creo que ya salimos del susto. Al parecer, su hija y su yerno no tienen nada.

—¿Cómo nada? Si llegaron arrastrándose...

—Pues están reaccionando muy favorablemente.

—¡Ah, qué bueno!

—Vamos a tomar las últimas pruebas en la tarde; si no dan datos contrarios, creo que mis colegas estarán de acuerdo con que se lleve a sus muchachos a la casa, manteniéndolos en observación.

—Entonces voy a arreglar tu recámara, Julita. ¡Qué gusto volver a estar todos juntos!

—No, mami —dije saltando de la cama—, si ya estamos bien, nos regresamos a Paraíso.

—¿A la barbarie, dices?

El doctor se olió que iba a haber un zafarrancho, así que se disculpó y salió del cuarto. La tía Nelly comenzó a dar cuerda a la actitud de mártir de mamá.

—Así son los hijos, hermana. Ya ves cómo la Yoyis se la pasa criticándome.

—No se pongan así, por favor. No es para tanto. ¿Qué no les da gusto que ya estemos bien?

—Es que no se sabe, mi reina —continuó mi tía—, y a tu madre le daría tranquilidad tenerte en la casa hasta que estén seguros de que no hay peligro.

—Déjala, Nelly, déjala. Siempre hace lo que se le da la gana... Pero, eso sí, que no tenga un apuro porque entonces se acuerda de que existo.

Mamá hablaba con un nudo en la garganta mientras apretaba la bolsa con el camisón nuevo contra su pecho.

—Mami, por favor... —y para variar la conversación le pregunté por Polo.

—Está con tu marido. Como estaba aquí el médico fue a saludarlo primero. Pero ya te contará... ha buscado a tu papá por mar y tierra, y ni sus luces. ¿Cómo te imaginaste que él se haría cargo de estos gastos si nunca se ha preocupado por ustedes? ¡Ay, Julia, qué ilusa eres todavía! Ahora tenemos un cuentón que a ver...

—Ya te dije que yo te presto —la consoló mi tía.

—No es eso, Nelly, ya sé que cuento con ustedes. Y a mí no me va mal. Pero le toca a Ramón... eso es lo que

me sulfura, que alguna vez tiene que tocarle a él. Pero, claro. El señorito se anda dando la gran vida mientras que su hija está hospitalizada.

—Con permiso —les dije entrando al baño con mi ropa en los brazos.

Al salir, mamá y la tía Nelly estaban ya de pie, muy ofendidas.

—Por lo menos llévate tu camisón nuevo.

—No lo tomes de esa manera. Nos veremos pronto —le mentí, dándole un beso. Y me dirigí de prisa al cuarto de Ángel.

Lo que encontré al cruzar su puerta me produjo una sana y vital oleada de celos: una enfermera lo estaba bañando. Había levantado su bata pistache y con una esponja recorría sus piernas fuertes a pesar de la delgadez. Me quedé un momento sonriendo hipócritamente.

—¿Qué pasa?, ¿ya vestida? —preguntó Ángel entrecerrando los ojos con una sensual placidez.

—Ya estamos bien, ¿o no? ¿A qué nos quedamos?

La esponja subía ahora suavemente hacia los muslos, se detenía haciendo círculos en una y otra rodilla, y luego se deslizaba hacia las corvas y hacia arriba.

Me dio sed. Caminé hacia el buró para servirme de una jarrita plateada.

—¡No! —exclamó la enfermera entre risas—. De ahí no. Eso es un pato, una bacinica.

Sentí que la cara se me pintarrajeaba de rojo, pero no por vergüenza sino por la imagen de la enfermera

manipulando el sexo de Ángel, introduciéndolo quizás entre tiernos comentarios en el pato ése, de porquería.

—Yo termino —afirmé mientras le arrebatava la esponja a la enfermera con sorprendente energía.

Pero en cuanto salió la mujer, hice a un lado los instrumentos de limpieza y me metí en la cama. Acaricié a Ángel por todos los rincones que permitía la bata pista-che con una especie de furia.

—Espérese, mi alma —me frenó—, en cualquier momento regresan Marisa y Polo, que sólo fueron por un café.

—Vámonos entonces, vámonos lo más pronto posible.

Y como en el día de nuestra boda huimos una vez más de aquel mundo de desasosiegos.

VIII

En el camino de regreso, Ángel y yo jugamos, como niños ansiosos, a ver quién descubriría primero una palmera, rastros de arena, el mar. Apenas pusimos un pie abajo del camión, nos echamos a correr, aventando los zapatos y quitándonos los pantalones por el camino. El mar nos recibió con los brazos abiertos.

Estábamos de vuelta con la felicidad redoblada. No dejábamos de reír y de acariciarnos con amorosas salpicaduras de agua tibia.

—¡Ey, qué susto nos llevamos! —dijo Ángel con tono juguetón.

—Yo me asusté más por ti que por mí.

—¿Por mí o por usted?

—Por ti, te digo. Me di cuenta de que no podría seguir viviendo sin ti.

—Entonces, ¿por quién se asustaba mi maravilla?

—Bueno, por los dos —concluí.

El oleaje estaba especialmente en calma, así que me recosté de muertito, dejándome mecer por esa inmensa y dulce madre que sabe ser el mar casi siempre. Sentí que subrayaba el casi, y que el detenimiento en esta palabra despertaba un aleteo doloroso en la boca del estómago. De inmediato traté de ahuyentar el lado

oscuro de las tormentas, cuando el mar es capaz de destruir a sus hijos; voltea sus barquitas, les roba el aliento y los echa a tierra convertidos en basura.

Logré borrar esta imagen, pero en su lugar llegó una quizá peor, la de las trampas que tiende este encanto de madre: corrientes, remolinos, tiburones, serpientes venenosísimas. Y ¿qué decir del recibimiento que dio el mar a la pobre gente del transbordador noruego? La foto del periódico cobro vida: gritos en distintos idiomas y llantos en el lenguaje universal de la desesperación se oían ahí mismo, en mi playa Paraíso.

—No haga eso.

Ángel me abrazó con fuerza.

—¿Qué?

—Flotar así con los ojos cerrados.

Entendí perfectamente a qué se refería. Me dio ternura ver sus ojos de venado asustado, y me di cuenta de que aunque apenas lo conocía y ya estaba ligada a él por un lazo que iba más allá del deseo y el enamoramiento de los primeros días.

—No hablemos más del asunto —le supliqué—, no pensemos en ello siquiera. Ya pasó.

—De acuerdo, mejor busquemos que esta vez sí resulte la sorpresa, ¿le gustaría?

Y tomados de la cintura volvimos a la casa y practicamos durante toda la mañana los actos de acrobacia amorosa que habíamos inventado en la hamaca.

Poco a poco, a fuerza de sumergirnos en el ritmo amable de los baños de mar, de sol, de luna y de abrazos, logramos dejar el miedo en el olvido. Incluso llegamos a comentar el episodio de la enfermedad como si se tratara de una película cómica, recordando una y otra vez los *gags* y esmerándonos en omitir las emociones que nos habían sacudido. Es decir, no aprendimos ni pizca de la experiencia, pero ésta se había instalado en algún lugar al modo de un telón de fondo.

Quizá por ello, ahora ya no rociábamos las comidas con cerveza, sino que las empapábamos con generosidad, de modo que las tardes se deslizaran en una semivigilia placentera. De hecho, nuestra felicidad tenía ahora un tono sumamente singular, yo diría: de éxtasis.

Proseguimos tejiendo la chaquira y yendo los domingos al pueblo para venderla. Continuaban también las lecturas, Duke Ellington, las zambullidas, y las pláticas triviales, pero nuestros espíritus se encontraban por encima de todo ello. Levitábamos.

Un mes exactamente duró esta renovada luna de miel, segada de tajo cuando al despertar de una siesta, Ángel y yo sentimos simultáneamente una recaída. Los síntomas se presentaron de golpe muy agudos: simplemente no pudimos levantarnos. Nos quedamos callados y volvimos a dormir como único escape a la pesadilla.

Esta vez decidí avisarle a Marisa. No tenía la menor gana de ver a mi familia. Marisa dijo que haría algunas

averiguaciones, y al día siguiente recibimos un telegrama: “DOCTOR SCHWARTZ EXPERTO ENFERMEDADES RARAS ESPERA MAÑANA DOS DE LA TARDE. VOY ESTACION”

IX

Una curva de la carretera nos devolvió a la gran ciudad envuelta en una nube café, asquerosa. Ángel y yo nos miramos por primera vez desde que reaparecieron los síntomas. No nos habíamos soltado de las manos, como si éstas fueran un asidero para no caer en el terror, pero rehuíamos mirarnos en el espejo que éramos uno para el otro. Ahora, sin embargo, nos vimos y sonreímos. ¡Qué curioso! Era evidente que nos sentíamos mejor.

Marisa nos llevó a almorzar a un café de chinos.

Échense algo sustancioso, amigos. Unos chilaquiles, unos huevos rancheros... Ahora sí traen unas caras fatales.

—Y esto no es nada en comparación a como estábamos el día que te hablé. No nos podíamos ni mover. Fue todo un circo llegar hasta la caseta.

—Bueno, a ver qué dice el doctor. Parece que es buenísimo. Curó a un amigo de cáncer en la próstata, y él dice que también ha curado a gente con toda clase de cosas. Hasta con sida.

¿Y si era sida? Nos habían hecho las pruebas en el Santa Fe, pero yo sabía que todas las pruebas tienen un margen de error. Y si era, ¿quién había contagiado a quién? Yo sólo me había acostado con Hilario. ¿Y si

Hilario estaba infectado? Era un reventado de lo peor, y aunque juraba serme fiel, nunca le creí. ¿Y si el responsable era Ángel? Con el cuento de que no era bueno torturarnos con el pasado, casi nunca habíamos tocado el punto de nuestras vidas sexuales anteriores a Paraíso. Sólo una vez, como por accidente, él mencionó haber tenido dos o tres noviecillas sin importancia. ¿Y si alguna fuera seropositiva?

La voz de Marisa me sacó de ese oscuro tren de pensamientos.

—Oigan, ¿qué les pasa? Ni yo, que no consigo armar una relación me dejo ir de esa manera.

Era la primera vez que Marisa se quejaba de algo distinto a los derechos humanos. No pude dejar de anotarme un diez en mi diagnóstico: la soledad se le estaba haciendo pesada. Le di unos golpecitos en el hombro.

—¿Y Polo? ¿Por qué no le haces caso? —dije más en broma que como sugerencia. Pero la respuesta llegó sorpresivamente muy seria.

—Pues..., no sé. Somos muy distintos.

—¿Y eso qué tiene de malo? —comentó Ángel, defendiendo a su amigo.

—Nada —se rio ella nerviosa—. Pero... no sé. No sé.

—¿O sea que sí te gusta?

—Bueno, es que tiene unos detalles...

—¿Mi hermanos?

—¡Claro! Se ve que no lo conoces.

Aquel cuadro me dio de pronto una sensación de algo ya vivido, sólo que con los elementos puestos de otra manera. Me acordé vagamente de las discusiones alrededor de mi boda, pero antes de que pudiera dar con alguna conclusión, Marisa volvió en patines a su tono habitual.

—En fin, una no se puede dejar ir con este lío. Hay demasiado quehacer.

—¿Cuál lío? —preguntó Ángel, entrándole resuelto a los chilaquiles.

—Ese, amigo. Pero ¿qué les digo a ustedes si son un par de enajenados? Tienen una pinta de otro mundo, carajo. Si supieran lo que ocurre en el país, sacarían fuerzas.

Mientras la escuchaba, entendí que estaba asustada. Ella, que era capaz de enfrentar a narcos y policías estaba asustada ante la posibilidad de dejarse querer de veras. Me gustó este ángulo que la hacía imperfecta.

—Fíjense: van tres mil asesinados en lo que va del sexenio, y apenas lleva año y medio. En la Sociedad no nos damos abasto para la cantidad de denuncias. Allá en Guerrero la cosa está tremenda, ¿verdad?

¿Sí? —pregunté a mi vez—. La verdad es que no leemos los periódicos.

—Pero viven ahí, ¿qué dice la gente?

—No mucho. Bueno, la que tratamos no se mete en política.

—¡Qué bárbaros! Se han hecho una burbuja. De perdida, llévense la tele.

—¡No, qué horror!, dijo Ángel con una aspereza rara en él.

Se le veía contrariado, queriendo salir ya del café, pero sus ojos habían ganado brillo. Por debajo de la mesa acaricié su muslo, pidiéndole un poco de paciencia. Intervine:

—Una tele no, Marix, simplemente no cabe en Paraíso. Ya lo sabes.

—Pues yo creo que es eso lo que los está enfermando.

—Que lo decida el doctor Chaikowsky, ¿no crees?

—Schwartz, amiga, Schwartz.

X

El doctor Schwartz era un hombre particularmente chaparro, con lentes de fondo de botella que aumentaban la agudeza de unos ojillos de ratón inteligente. Primero nos hizo pasar por separado y luego juntos, haciéndonos toda clase de preguntas, como si se tratara de una pesquisa policíaca. Después nos auscultó con minuciosidad, y por fin, nos sentó frente a él dispuesto a darnos su diagnóstico.

—Bueno, jóvenes, he aquí un caso en verdad interesante.

Hablaba con una lentitud enloquecedora, dándose tiempo para repetir en cantaleta cada última frase.

—En verdad interesante.

—¡Ay, doctor! —le urgí— ya díganos.

—Lo que van a tener que enfrentar no es fácil.

Tomó aire con dificultad. Yo busqué la mano de Ángel para soportar mejor el veredicto.

—No, no lo es.

—¿Qué, doctor?, ¿qué tenemos?

Miren ustedes: observen cuándo aparecen los síntomas y cuándo desaparecen. Ahí está la clave, ahí y solo ahí.

—Yo creo que van y vienen, sin ton ni son.

—No, jovencita, se equivoca. Tienen su propia lógica. Sí, su propia lógica.

Ángel, a quien encantaban las adivinanzas, entró en el juego.

—A ver... las dos veces nos hemos enfermado en Paraíso, ¿será algo del lugar?, ¿la comida?, ¿la contaminación del mar?

—Acierta usted en lo primero, pero se pierde en sus preguntas, se pierde usted.

—Pero tiene que ser algo de Paraíso porque al llegar a la ciudad mejoramos. Ahora, por ejemplo, ya estamos casi aliviados, igual que la vez pasada.

—Y, ¿por qué sucede eso? A ver, ¿por qué?

—¡Ya, doctor! Por favor, díganos.

—Lo que ustedes padecen, mis queridos jóvenes, es nada más y nada menos que un extrañísimo mal que se presenta cada siglo. Ya Hipócrates da fe de un caso similar al suyo, también por cierto en una parejita de enamorados. Porque han de saber que es un mal casi siempre vinculado al amor. Los casos que se conocen son de parejas o de místicos que han alcanzado el éxtasis. ¡Ah, el éxtasis!

Empecé a sospechar que el doctor Schwartz estaba loco de atar.

—Pero ¿qué tiene que ver el amor con la enfermedad?

—Usted desconoce el poder de las emociones sobre los órganos. Son más poderosas que cualquier estímulo exterior, son capaces de detener el corazón, de provocar toda una variedad de disfunciones, de disfunciones variadísimas.

Aquí se detuvo de golpe a observar nuestra reacción.

—¿Se sienten mejor?

—¿Cómo mejor, doctor? Estamos horrorizados.

—Su ánimo está horrorizado, pero ¿cómo va la salud?, ¿eh, cómo va?

—¿Qué juego es éste? —dije levantándome furiosa.

—Ningún juego, jovencita. Hace una hora usted era incapaz de levantarse con esa energía; ahora, si embargo, véase, véase usted.

—¿De qué se trata? —interrogó Ángel en un tono de estar a punto de encontrar el hilo de la madeja.

—Se trata de que ustedes padecen la enfermedad conocida como demencia, en latín *dementia*, con te, feliz, *felix*. *Dementia felix*, eso es.

—¿Que qué?

En mi vida había oído mencionar tal enfermedad, ni en las clases ni en los libros ni en ninguna parte. ¿En serio no estaría loco?

—Demencia feliz, tan y como lo oyen. *Dementia felix*. ¡Qué interesante!

—Ya veo —comentó Ángel estupefacto—, lo que tenemos es provocado por la felicidad.

—Exactamente, joven, ha encontrado la clave. Como su nombre lo indica, es un mal provocado por la felicidad extrema y prolongada. Por ello es tan poco frecuente. Excesivamente poco frecuente.

—¿Cómo puede enfermar la felicidad? Ésas son supersticiones.

—Créalo o ignórela, eso es cosa suya. Pero el diagnóstico es transparente. Cada vez que ustedes alcanzan un clímax de dicha, ocurre el debilitamiento. El cuerpo se vuelve incapaz de asimilar los nutrientes: ya sea el alimento, el aire o el sol; el sol, el aire o el alimento.

—Pero ¿por qué sucede?, ¿por qué? —dije contagiada de la manía repetitiva del doctor Schwartz.

—No se sabe a ciencia cierta. Parece simplemente que los humanos no estamos hechos para albergar esa emoción más que momentáneamente; los órganos no resisten que se prolongue. Otra teoría dice que la causa no es la felicidad en sí misma sino la culpa tremenda por la infelicidad que nos rodea. La culpa es la asesina, eso parece.

—Y... ¿cómo se cura? —pregunté ya francamente angustiada.

—He ahí una pregunta para la que todavía no hay respuesta, no la hay.

—¿O sea que no hay cura?

—Exactamente, jovencita, eso es lo que quiero decir. La demencia feliz es, hasta el momento, una enfermedad progresiva y mortal. Es decir, progresiva y mortal.

Al oír aquello me entró un ataque de llanto histérico. Ángel me abrazó; él también estaba temblando.

—Entiendo que es difícil, lo siento —dijo el doctor con voz de pésame —Aunque quizá... quizá...

Nos calmamos de inmediato para escuchar la posibilidad esperanzadora.

—Quizá podamos detener el desenlace. Es posible que una fuerte dosis de infelicidad retrase el desarrollo de la enfermedad o incluso la detenga por completo. Los casos registrados han pasado al análisis a posteriori, quiero decir, *post mortem*, de manera que las víctimas no tuvieron la oportunidad de detener su proceso de felicidad galopante para salvar la vida. No la tuvieron, los desdichados.

—Pero ¿cómo se puede obtener una dosis de infelicidad voluntaria?

—En el caso de ustedes, yo diría que por la vía de la separación: separándose.

Ángel y yo volvimos a abrazarnos convulsionados.

—No, eso nunca —exclamamos los dos.

—Es decisión de ustedes, pero yo tengo el deber de advertirles que, de seguir como hasta ahora, no llegarán al próximo año nuevo. Lo siento, jóvenes, pero no llegarán.

El doctor se levantó dando por terminada la consulta. Ángel y yo salimos tambaleantes. Marisa había ido a hacer algunas diligencias quedando en volver en una hora, pero no la esperamos. Queríamos estar solos. Caminamos sin rumbo por las calles de la Colonia Condesa, las cuales ahora nos parecían ajenas, propias del mundo de los vivos que ya no nos pertenecía. Nos sentamos en el Parque México. Las mamás paseaban a

sus bebés mientras los niños mayores daban la vuelta en el triciclo. Algunos viejos leían el periódico; otros jugaban ajedrez. Una pareja se besaba furtivamente entre los árboles. ¡Qué lejos estábamos de esos placeres!

—Si nos quedan unos meses de vida, vamos a vivirlos bien, mi alma —dijo Ángel de pronto—. Vámonos de regreso a Paraíso, ahí esta nuestra casa. Yo prefiero vivir unos meses felices que toda una vida de renunciaciones, sobre todo de renunciación de usted.

En ese momento se acercó un vendedor de billetes de lotería, no mayor de los seis o los siete años.

—Cómprame el último, señó. Mire qué bonito está el número.

Era el 12345, como decía el niño, un bonito número. Pero no fue eso lo que me hizo sacar el monedero, sino la sensación de que el dinero ya no valía nada para mí, en cambio para el vendedorcito era fundamental. Guardé el billete en cualquier rincón y no volví a pensar en él hasta una semana después, ya en Paraíso.

XI

Da vuelta a nuestra playa idílica, retomamos hasta donde nos fue posible el ritmo acostumbrado de los días. A veces, la sola certeza de la muerte era un elemento suficiente para equilibrar la salud, pero con frecuencia se nos olvidaba. Apenas nos sentíamos mejor, la borrábamos por completo del mapa de nuestros destinos, provocándonos unas fulminantes recaídas. Para evitarlas, decidimos darnos ciertas dosis de infelicidad voluntaria, y disciplinada por medio de la lectura de los periódicos.

Por eso fue que esa mañana me encontraba enfrascada en un reportaje sobre el asesinato de dos niños pequeños, a quienes su mamá —luego de bañarlos y ponerles el pijama—, había disparado con una escopeta, poco antes de hacer lo mismo con su propia persona. El hecho había sucedido en un suburbio de alguna ciudad gringa, y los comentarios de los vecinos eran de lo más inquietantes pues todos aseguraba que la homicida parecía ser una mujer dichosa y una madre ejemplar. ¿Qué mecanismo se había desatado dentro de ella? ¿Habría sido algo repentino o una desgracia fraguada a lo largo de los años?, ¿o qué? No resistí llegar hasta el final del reportaje para averiguarlo, pero la noticia ya

había surtido su efecto terapéutico: con gran energía le di vuelta a la página.

Mis ojos vagaron por la sección de deportes sin detenerse en ningún acontecimiento cuando de pronto vi un número que me llamó la atención. Era el 12345. ¿Cómo olvidarlo? Bonito número: nos habíamos sacado el premio gordo de la lotería. Bueno, tres pedacitos: trescientos millones de pesos. Arrojé el periódico al aire y me puse a dar de brincos, luego traté de tomarlo con calma para no contagiar a Ángel, pero no pude. La noticia nos postró en la hamaca.

Ahí estuvimos tumbados no sé cuánto tiempo, en un estado de dulce semiinconsciencia, hasta que alcancé a escuchar que Ángel susurraba:

—Yo digo que... vivir sólo unos meses más... nos demos todos los gustos posibles.

—Ya nos los damos —logré mascullar.

—Pero otros —... ir a Europa... tener una casa con terraza al mar y jacuzzi... comer langostas...

Creí que no había oído bien: no podía ser Ángel, mi Ángel, quien hablara con esa frivolidad tan fuera de tono ¿Cómo podía pensar en viajes y jacuzzi? La decepción me dio nuevos aires, así que recuperé la fluidez en el habla.

—¿De verdad piensas eso? ¡Pero si estamos a punto de morir! Yo creo que hay que darle el dinero a los que lo necesitan, a los que lo pueden disfrutar.

Seguramente Ángel se sintió golpeado por mi reproche porque pudo incorporarse ligeramente y responder casi con entera normalidad.

—Pero es que nosotros también lo podemos disfrutar. Y usted lo sabe, si no ¿por qué se puso tan contenta?

—Fue un reflejo condicionado.

—Oiga, es una compensación por la demencia, por algo nos llega. ¿No me decía que uno tiene derecho a ser feliz?

—¿Y tú no me decías que la felicidad está en una cabaña?

—¡Claro! No necesitamos más, pero nos sacamos la lotería, pues.

Se abrió un silencio entre nosotros. Era la primera vez que discutíamos y la primera vez que veía una cara de Ángel que no me gustaba.

—No sabía que en el fondo tenías esos deseos.

—¿Qué tienen de malo? Son humanos.

—También los asesinatos son humanos.

—¡Oiga!, ¿cómo compara? Yo no le quiero hacer mal a nadie.

—Ni bien tampoco... No digo que nos convirtamos en santos, pero nunca podría vivir a gusto en una casa con terraza al mar y jacuzzi. Me sentiría pésimo con doña Herme y los demás de Paraíso.

—Lo que pasa es que usted siempre ha tenido todo servido. Si hubiera pasado una niñez como la que yo pasé en Sonora, vería las cosas muy distintas.

—Entonces..., me has estado diciendo mentiras.

—No diga tonterías. ¡Nos vamos a morir!, ¿se da cuenta?

—¡Por eso!

Estábamos gritando como cualquier pareja que se pelea. Algo se había quebrado. Quise estar sola y salí corriendo por la playa. Me sentía furiosa, angustiada, con las mismas ganas de escapar que me llevaron lejos de casa de mamá. ¿Quería escapara de Ángel? La pregunta me golpeó en el plexo solar. Entré al mar buscando liberarme de esta y otra duda, aún más difícil de soportar: ¿valía la pena dar la vida por una relación? Nadé enloquecidamente varios kilómetros; estaba tristísima, pero hubiera podido ganar un campeonato.

Al volver a casa le dije a Ángel:

—Yo no me quiero morir.

Desde la hamaca me miró con una tristeza como la mía.

—¿Prefieres que nos separemos?

—No sé... Pero no me hables de tú.

XII

1º. de noviembre
(¡Bu! Día de los muertos)

Querida Marix:

¿Cómo va todo? Aquí, en Paraíso, la cuestión no va tan bien pero tampoco tan mal. Después de la discusión que te platiqué en la otra carta, Ángel está como metido en sí mismo, y la verdad ya nada es igual. Pero no te imagines que es algo grave, no, lo de la separación no lo hemos vuelto a plantear. Ni falta que hace: tenemos mejor color y varios kilos de más.

Todavía, de vez en cuando, gozamos de las delicias de antes, pero lo que es más común es que no coincidamos en un antojo. Desde la visita al doctor Schwartz nuestros horarios se desfasaron. A mí me dio por no dormir de noche y a Ángel por no perderse un solo amanecer. De manera que cuando por fin yo alcanzo el sueño, él se levanta fresco y lleno de energía. Hemos recaído unas cuantas veces, pero nunca los dos al mismo tiempo.

Digamos que la situación se ha ido normalizando, pareciéndose cada día más a la de mi tío Agustín y mi tía Nelly. Sería para querer morirse (hace un año me hubiera ahorcado antes de verme así), si no fuera por-

que es precisamente esa mediocridad la que nos salva la vida, y ésta, sea como sea, me parece muy, pero muy, apreciable.

En medio de estas cosas tan tristes, y no, tan comunes y corrientes, han pasado otras que te van a dar gusto. El lío del dinero se arregló de una manera curiosa. El premio quedó partido en tres partes (MUCHO OJO): una para la clínica de Paraíso, otra para una casa (no muy grande, pero con terraza al mar y jacuzzi), y otra, ¡adivina!: para tu Sociedad de derechos humanos.

Me imagino que quieres saber cómo llegamos a este acuerdo, y empiezo por contarte lo que te toca en directo. En nuestra búsqueda de antídotos contra la demencia feliz, Ángel y yo, una tarde, decidimos leer de un tirón todas tus cartas, que (ahora te lo puedo confesar) había guardado durante meses sin abrir. Y, Marix, palabra, el efecto medicinal fue milagroso.

Tus relatos son de pavor. El del periodista balaceado, el de los indios presos que no pueden defenderse porque sólo saben tzotzil, bueno todos, pero los que más: los de los niños. Esos fueron un tratamiento intensivo de complejo B. Yo no sabía que esas cosas pasaban. O, bueno, sí sabía, pero no quería creerlo.

Eso fue lo que le dije a Ángel. Y él respondió de un modo desconcertante. Se levantó hacia la ventana, y se quedó ahí, dándonos la espalda a mí y a nuestra casa. Luego dijo: has vivido en el limbo (lo dijo así hablándome de tú como hace ahora cuando está enojado).

Limbo. ¿A qué te suena? A la nada. ¿verdad? Me desinflé, ofendida. Yo no he hecho más que seguir sus pasos, acompañarlo en su proyecto, que consiste precisamente en eso (tú sabes): flotar. Él ha sido mi entrenador y maestro en la ciencia de desviar la vista ante un problema, de resolver las broncas con cualquier ocurrencia. Y ahora me sale con ésas.

¿Qué pasa?, le pregunté. Contestó: nada. Pero luego, animado por un impulso, dijo: tienes razón, hay que darle el dinero a Marisa.

Su espalda comenzó a sacudirse y yo no entendí de inmediato lo que pasaba porque nunca lo había visto llorar. Es más, creí que no sabía. Fui a él, lo abracé por detrás, y recargué la cabeza en su espalda gigantesca, de pronto tan frágil, como de pajarito.

Entonces, por primera vez me habló de su infancia. Bueno, se habló a sí mismo, me parece, porque no se volvió en ningún momento. Dijo algo así: fuimos diez hermanos, murieron dos, quedamos ocho. El dinero dependía de la tierra, según lloviera o no, según si granizaba. A veces había para ropa y libros de la escuela, otras nada más para comida. Un día ni para eso.

Ese día su papá se fue para el otro lado. Ángel iba en sexto de primaria y es de los mayores, la mamá estaba embarazada de Victoria, esa muchacha altota, muy simpática. Y ya te imaginas: el papá no volvió, más bien sí, volvió una vez cinco años después, pero sólo por unos meses. De ese regreso nació la hermani-

ta más chica, la que se ganó mi ramo de novia. No sé si te acuerdas.

La mamá esperó un tiempo, pero no quería que sus hijos dejaran de estudiar, así que se los llevó a Hermosillo. Por suerte, consiguió pronto un puesto de afanadora en Recursos Hidráulicos, y como era luchona, al poco tiempo la nombraron jefa del departamento de limpieza.

Los hermanos grandes, o sea Ángel y La Güicha, tenían que cuidar a los más chicos, pero hacerlo bien, sin distraerse, porque cualquier errorcito les costaba una paliza. La mamá ha de haber vivido en un estado permanente de olla exprés. Se entiende. Y los niños también lo entendían.

Así tenía que ser, dijo Ángel varias veces, pero no paraba de llorar. Me di cuenta de que me tocaba hacerme cargo, inventar una salida de las que el propio Ángel proponía cada vez que yo chillaba porque papá nos dejó por la otra. Lo llevé al mar, lo arrastré casi, hasta las olas más elevadas, que no son tanto (ya sabes) pero despiertan. Ahí le pedí perdón (creo que por mi niñez de clase media, aunque no lo dije) y le prometí que haríamos la casa de sus sueños. Pero a él ya no le interesaba. Insistía en que no, que todo el dinero fuera para tu Sociedad.

Al revés, ¿te fijas? Nos convencíamos de lo contrario que hace unas semanas. Él defendía la causa mejor que tú misma, y yo, la casa con terraza al mar y jacuzzi,

como si fuera, ¿quién te diré?, cualquier esposa de nuevo rico. Era tan absurdo que comenzamos a reír (ligemente, no te asustes). Y pudimos ver que se podían hacer las dos cosas, y hasta más. Fue entonces que metí una tercera: la clínica.

Te explico, porque no has de entender ni papa. Las pulseritas de chaquira ya me tenían hasta el coplete. Quería hacer algo más interesante, y buscando qué, una mañana fui a dar a mi viejo manual de Anatomía. Lo abrí al azar en el capítulo de los pulmones. Seguí el camino del aire entrando por millones de cavidades y, no te quiero hacer el cuento largo, se hizo de noche sin darme cuenta. Desde ese día, en vez de leer cualquier novelita o ponerme a ver el mar como hipnotizada, repaso los órganos, uno a uno (te prohíbo que me escribas “te lo dije”, ¿eh?).

Por otro lado, se me ocurrió que un remedio constante y definitivo contra la enfermedad era volver al olor de hospital, y que podía hacerlo aquí mismo en Paraíso. Así que me acerqué a la clínica que, no sé si alguna vez te fijaste en ella, está junto a la lonchería del zocalito. La venía viendo cada domingo cuando íbamos al pueblo a vender, pero nunca se me había ocurrido entrar. Para qué te cuento que casi me muero, o más bien al revés, me sentí totalmente revivida. Y es que todo hace falta. No hay ni sábanas.

De ahí la decisión del dinero y también de darle más duro a mi manual. Por cierto, que en sus páginas

encontré otro uso de la palabra limbo: borde. Se dice, por ejemplo, el limbo alveolar. Y pienso que me viene mejor que el de los católicos. En realidad, he vivido en el borde. Pero esto prefiero contártelo en persona porque me llevaría no sé cuántas hojas más, y ya es mucho.

Espero que tengamos tiempo de hablar a nuestras anchas en diciembre, porque vas a venir como todos los años, ¿verdad? Con más razón ahora que me tienes aquí. Tráete a mi hermano (pero no a mamá, por favor) y organizamos algo agradable.

Un abrazo,

Julia

P.D.: Escríbeme pronto diciendo a dónde hay que mandar el dinero y poniéndome al tanto de todo lo de tu Sociedad. En serio, ¡no sabes el bien que nos hacen tus cartas!

P.D.2: Si puedes, llama al doctor Chaikowsky y dile cómo va nuestro caso para que lo incluya en los anales de la ciencia.

XIII

Al amanecer del último día del año fuimos por Marisa y Polo a la estación. Hacía tiempo que no caminábamos juntos a esa hora, cuando el cielo se pinta de todos los colores y las gaviotas revolotean disimuladas para lanzarse sobre la presa en un descuido. Tal espectáculo me inspiró unas ganas tremendas de darle a Ángel unas mordiditas.

—No juegue, mi alma, que ya vamos tarde. Me muero por enseñarle a Polo los planos.

En efecto, el camión ya estaba en su lugar y Polo bajaba cargando una caja inmensa.

—Es el pavo, enana. Te lo manda Aurelia.

Marisa se asomó ansiosa por la ventana:

—Les tengo un notición que no van a dar crédito, nada más que no puedo con tanto bulto.

Polo respondió solícito. Nos aventó el pavo y subió al camión volando. Ángel y yo nos miramos con un gesto de sobrentendimiento, como un par de abuelos que se las saben todas.

—¿Qué? —le pregunté a Marisa en cuanto puso un pie en tierra.

—Espérate a estar sentada.

—¿Se casan? —le susurré impaciente.

Aunque realmente lo dije en un hilo de voz, los muchachos alcanzaron a escuchar y se volvieron hacia

nosotras. Por unos segundos las cuatro miradas se entrecruzaron con distintas expresiones. La de Polo, suplicante, la de Marisa, turbada, la de Ángel, divertida, la mía, no sé, supongo que curiosa.

—No es eso..., no ¡Pinche Julia!

—Di que sí, ándale, aprovechemos el momento —pidió mi hermano.

—¡Cómo crees! —dijo Marisa soltando la cajada.

—Por favor —intervino Ángel—, ¿no podríamos dejar esta plática para después? El pavo pesa una barbaridad.

De modo que tuve que esperar todo el camino, la llegada, y hasta la puesta de trajes de baño para conocer las nuevas que traía Marisa. Ella y Polo se acurrucaron en la hamaca; nosotros nos quedamos de pie, aguardando.

—Metieron al doctor Schwartz al manicomio.

—¿Qué? —coreamos Ángel y yo.

—Que se le zafó un tornillo, o lo tuvo siempre zafado, quién sabe. El caso es que cuando le hablé para contarle de ustedes, noté a la recepcionista nerviosa, como haciéndose la despistada. Me dijo que el doctor estaba de vacaciones y que no tenía la menor idea de la fecha en que regresaría. Me pareció raro, así que le exageré la cuestión, como si se tratara de una urgencia. Y poco a poco, que suelta la sopa: que el doctor se encuentra delicado y tuvo que internarse en una casa de reposo. ¿Cómo ven?

—Pero cuéntales todo, cuéntales qué hacía —la apuró Polo.

—Pues que le dio por repetir la misma frase veinte o treinta veces, frases de ese médico griego...

—¿Hipócrates? —pregunté como robotizada.

—Ese. Que se pasaba el día recitando una y otra vez las mismas palabras.

Ángel se soltó a reír, en cambio yo me sentí terriblemente mal. Me ardió la boca del estómago.

—Entonces —dije—, no estamos seguros.

—¿De qué? —preguntó Ángel.

—De nada.

Marisa y Polo ya estaban en otro asunto. Se besaban.

—Claro que no estamos seguros de nada, mi alma, pero no se me preocupe, o bueno, mejor sí, al fin que le hace bien.

Ángel me hizo unos cariños en la cabeza y luego los dos nos volvimos hacia nuestra hamaca con un gesto de envidia. Él simplemente no soportó la escena. Desprendió a mi hermano del abrazo y lo apuró a visitar la obra.

—Vente, mano, te quiero enseñar los planos y lo que va de la construcción...

Marisa y yo los vimos alejarse desde el umbral. Fueron haciéndose chiquitos hasta quedar en proporción con la estructura de piedras y varillas levantada a distancia. Pensé que podría tratarse de una ruina.

—¿Van a casarse, Marix?

—Tanto como casarnos, no. Pero se me hace que sí vamos a lanzarnos a vivir juntos. Probar.

—Probar— repetí y el doctor Chaikowsky se interpuso ocultando el paisaje.

—Oye, ¿habrá estado siempre chiflado? Digo, el doctor.

—No creo, curó a un montón de gente.

—A nosotros, sin ir más lejos. ¿O qué fue? ¿Qué pasó?

—¡Ay, Julia, quién sabe! —bostezó Marisa—. Mejor vamos al mar. ¡Me hace una falta relajarme!

—Yo no puedo —repuse—, tengo guardia en la clínica.

Marisa se echó a correr mar adentro, y también se volvió muy pequeña a la vista. Yo regresé a la casa a prepararme para un día más de trabajo. La bolsa de regalos que me habían mandado mi mamá y los tíos me hizo un guiño que no resistí. Salieron un juego de vasos y unos trapos de cuadritos. El recado de mamá amenazaba con una visita de la familia entera para conocer la casa nueva. Dejé todo a la mano, pensando que sería útil para los que iban a preparar la cena. Luego, muy despacio, me puse la bata blanca. Salí y le envié un beso a Marisa pero ella miraba hacia otra parte.

Fue una jornada especialmente movida. Quién sabe por qué a la gente le da por accidentarse, sufrir infartos, y pelearse a golpes y a cuchilladas en las fiestas de fin de año. Yo ayudaba en lo que podía, que era en las

cosas elementales. Lo que hice mejor fue sacar adelante a varios niños deshidratados, inocentes, casi todos delgaditos, con la panza inflada, los ojos hundidos. El maestro de fisiología ya me hubiera puesto un ocho en aquello de poner distancia. Aunque la verdad no se trataba de una actitud voluntaria, sólo sucedió, fue sucediendo.

Cuando entré a la clínica me limitaba a preparar el instrumental y consolar al paciente, pero a la hora de la hora, es decir del corte y la costura, cerraba los ojos. Un día, sin embargo, me tocó ayudar en un parto. Y, al final, mientras le limpiaba la nariz al recién nacido, me di cuenta de que había mantenido los ojos abiertos todo el tiempo, incluso en la episiotomía. Ese descubrimiento me llevó a fantasear con terminar mi carrera y lograr, alguna vez, encargarme de cirugías difíciles, de corazón abierto o de cerebro. Pero como ese momento estaba a años de distancia, por lo pronto me empeñaba en desinfectar, poner vendajes, tomar signos vitales o sacar adelante a los niños deshidratados, lo mejor posible.

Era de noche cuando caminé de vuelta a casa, bueno, no a lo que llamaba casa, sino al cascarón que Ángel construía. ¡Qué curioso! Me llamaba y me despedía al mismo tiempo, eso sentí. De manera que anduve en zigzag. Pero finalmente llegué, abrí la puerta, y tropecé con el jacuzzi, instalado temporalmente justo en la entrada.

Casi todo estaba listo para la fiesta. Polo daba los últimos toques a una mesa que alcanzaba a parecerse a las de mamá.

—¡Qué bueno que llegas, enana! —me saludó—. Prepárate las botanas, ¿sí?

En la cocina, Ángel cocinaba unos camarones al estilo nortño, sin acordarse de que me dan alergia. Por fortuna Marisa había preparado los infaltables romeritos y el pavo de Aurelia dominaba con su olor delicioso.

—Hola —dije.

Ellos respondieron cariñosos pero sin descuidar sus quehaceres. De modo que me apliqué a untar con paté decenas de galletas, sin perder la concentración ni cuando tocaron a la puerta y entraron en tropel doña Herme con sus seis niños.

—Véngase, mi maravilla —me invitó Ángel, llevando el platón de camarones hacia el otro cuarto.

—Voy.

—Sí, ya vente —insistió Marisa.

Sin ninguna prisa por incorporarme a la fiesta, me acodé sobre lo que sería el sostén de una ventana, de frente a la oscuridad. El ruido del mar se sumaba a la tambora y a las voces que hablaban de la terrible situación del país. Me pareció que sonaban extrañas, como si escuchara por casualidad una plática ajena, digamos que en la mesa de al lado de un restaurante.

Me entraron ganas de llorar, por México y por la lista de deseos que habíamos escrito Ángel y yo hacía un año. Uno: irme de aquí. Dos: irme de aquí con usted. ¿Tres? Comencé a comer galletas con paté. No lo graba recordar cuál era el deseo tres.

Afortunadamente, Ángel gritó mi nombre sacándome de esas añoranzas sin sentido.

Habían comenzado a cenar y la plática, animadísima, se había centrado en si era o no posible abrigar alguna esperanza para la humanidad. De un vistazo a la mesa, percibí que faltaba algo, algo importante como el azul en la media de una novia.

—No hay uvas —le comenté a Ángel.

—Mejor, ¿no le parece?

Me recargué en su hombro, dejando ir y venir las palabras de los otros y mis propias ideas, todas inconexas. Tal vez sólo estaba agotada.

Polo nos hizo una señal de silencio.

—¡Falta un minuto para las doce! Propongo un brindis por la salud de Ángel y la enana.

—Sí —añadió Marisa—, porque llegaron mejor que nunca a este año nuevo y porque nos sigan invitando otros cincuenta, cuando menos.

—¡Salud! —dijimos a coro mientras chocábamos los vasos regalados por la tía Nelly.

—¡Ya! ¡Las doce!

Ángel y yo nos abrazamos. Él me dijo al oído:

—¡Feliz año nuevo, mi alma!

Yo le tapé la boca y en una explosión de risa le pedí:

—Por favor, no menciones esa palabra.







**Feliz
año nuevo
se terminó
de editar en
noviembre de 2019 en
las oficinas de la Editorial
Universidad de Guadalajara, José
Bonifacio Andrada 2679, Lomas de
Guevara, 44657 Guadalajara, Jalisco**

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Sofía Reyes
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación